



veniencia de transformar la revista en algo más coherente, más sutil, más ingenioso, menos tremendista, menos obsesionado por la temática policíaca. Por ahora, "El Vihora" no descarga su veneno con la debida efectividad; es frustrante que la revista sea algo menos que la suma total de los elementos integrantes. ■
DIEGO A. MANRIQUE.

TEATRO

Teatro y política

A Rolf Hochhuth podrá tal vez discutírsele su calidad como dramaturgo, pero nadie —creo— le negará su capacidad para levantar polémicas. El escándalo llegó ya con su primera obra, *El vicario* (1963), en la que culpaba al mismísimo Pío XII de no haber hecho lo que debía para evitar el exterminio de los judíos



Rolf Hochhuth.

durante el Tercer Reich. Algunos años más tarde, en 1967 (Hochhuth no es lo que se dice un autor prolífico), eligió como nuevo blanco a Winston Churchill para demostrar, en *Soldados*, la doble moral de un estadista a quien los ingleses tenían por poco menos que intocable.

Ahora, después de otro drama como *Guerrillas* (1970) y de algunas comedias, entre ellas *Lisistrata* y *La OTAN* (1973), le ha llegado el turno a otro político, en este caso compatriota del autor, y del que lo último que puede decirse es que está por encima de toda sospecha. Se trata de Hans K. Filbinger, que fue durante doce años jefe de Gobierno del

Land de Baden-Württemberg, uno de los feudos de los cristiano-demócratas, hasta que su propio partido le obligó a dimitir, en agosto de 1978, después de que se hiciesen públicas ciertas actuaciones suyas como juez de la Marina alemana durante la guerra. Pocos días antes de la rendición del Reich, cuando ya sólo se mantenían en pie algunas formaciones militares en Noruega, el juez Filbinger había condenado a muerte a tres marineros que habían desertado a Suecia. Las tardías revelaciones provocaron en la RFA un enorme escándalo político que le costó finalmente el puesto.

Con su nueva obra, escueta-

mente titulada *Los juristas*, que debe estrenarse próximamente en la RFA, Rolf Hochhuth encenderá sin duda otra vez vivas discusiones. Sobre todo, en un año en que uno de esos juristas, Karl Carstens, ocupa nada menos que la Presidencia de la República, mientras que la sombra de Franz Josef Strauss, correligionario de Filbinger, se cierne sobre la Cancillería de Bonn.

Una obra de Ulrike Meinhof

La obra se titula *Bambule* y acaba de estrenarse en un escenario de Bochum. Ulrike Meinhof

CULTURA A LA CONTRA

El hedonismo

NO está de moda pasarlo bien; no parece serio. Lo que mola, dicen, es sufrir cantidad. Y, por lo visto, hacer sufrir a los demás, porque lo uno va con lo otro. Resulta que ya no se puede uno ni fumar un porro por divertirse, sino por militancia. Hay que tener un carnet del partido radical —italiano, por supuesto; el de Lerroux no sirve— para poder tomar drogas blandas, abortar o comer ostras. Son cosas que ya no se pueden hacer por libre y sin poner cara de profunda responsabilidad. Y no hablemos ya de temas mayores, como las drogas duras. Ahí hay que justificarse más y hace falta carnet de adicto, cara de arrepentido y recetario de estupefacientes para conseguir metadona o porquerías similares en las farmacias.

Entonces, parece ser que tenemos que convertirnos en mutantes, en "Obreros especializados", como se llama un buen grupo de "rock" mecánico que hay por aquí, y no sentir, no gozar, no sufrir. Pues no me apetece nada; yo quiero volver a gozar de los simples placeres de la existencia sin moralina incluida, sin preguntarme si está bien o mal, sin justificarme. El otro, un amigo mío del siglo pasado, contaba ya, hacia 1890 o así, que Dios ha muerto y que todo está permitido; pero parece que no se ha asimilado mucho esa historia, que no se cree en la libertad de cada uno para pensar, decir o hacer lo que uno quiera sin tener encima el ojo de Pepito Grillo, advirtiendo del bien y el mal. Parece ser que no se ha entendido que los seres humanos, si es que existe eso que se llama raza humana, tenemos auténtico derecho a hacer lo que queramos con nuestra vida y nuestro cuerpo sin dar cuentas a nadie.

Cierto que el antihedonismo que nos machaca es una postura realista y consecuente: el mundo en que vivimos se niega de una forma insistente y cabezota a darnos placer, y que buscarlo es como pedir peras al olmo. Pero también es pedir lo im-

posible cuando quieres que te traten bien por la calle, que no te maltraten demasiado, que no te hagan la vida imposible de una manera oficial o extraoficial. Y no hay por qué ser consecuente siempre, o tal vez habría que serlo de otra manera: reivindicando, por ejemplo, no el derecho al sufrimiento, sino el derecho al goce continuo y sin problemas. Reivindicando el derecho a la vida alegre y divertida, como reza el "slogan". Y deberíamos tal vez —siempre tal vez, no estoy seguro, a lo mejor me equivoco— confundir la libertad con el libertinaje, porque a lo mejor el libertinaje es parte de nuestra libertad, algo a lo que tenemos derecho. Yo no sé si el libertino —esto es, el que se plantea la existencia como algo válido en sí y digno de vivirse sin pensar en por qué estamos vivos— es bueno o malo, listo o tonto, pero sé que intenta gozar, y no me parece nada mal. Me confieso hedonista irredento; tampoco trato de hacer una bandera de ello ni le digo a nadie que o goza o lo mataré. Pero no quiero tener que ejercer mi derecho al placer como si fuese a la oficina, porque no me han gustado nunca las oficinas ni las cosas a horas fijas.

Resulta hasta casi estúpido hablar de ello, ser defensor de lo obvio; lo malo es que lo obvio, lo evidente, se olvida demasiado a menudo. Y que el derecho a divertirse, a hacer el amor, a gozar, no está ni en esta Constitución —la que sufrimos los españoles— ni en ninguno de los textos legales que sufren en los demás países del mundo. Y que igual, si defendemos el derecho al placer y al juego, a vivir una vida más plena, nos llaman terroristas, o ácratas irredentos —como antes se decía "liberales irredentos y decimonónicos"—, o pasotas, o cosas igual de feas. Y nos encierran en sórdidas mazmorras aplicándonos la Ley de Peligrosidad Social por la cara, como lo hacen todo. ■
EDUARDO HARO IBARS.

la escribió entre 1969 y 1970, mientras trabajaba como redactora en la revista de izquierda "Konkret". *Bambule* iba destinada a la televisión, llegó a filmarse y estuvo incluso a punto de ser emitida en mayo de 1970. Sin embargo, ese mismo mes de mayo, su autora ayudó a escapar de la cárcel al terrorista Andreas Baader. Los responsables de la cadena de televisión prohibieron entonces la emisión. Algunos años después, cuando ya Ulrike Meinhof se había suicidado en la soledad de su celda, alguien trató nuevamente de estrenar *Bambule*, esta vez sobre tablas. Otro asesinato terrorista volvió a impedirlo. Como justificación, se dijo que la obra de Ulrike Meinhof produciría inevitablemente entre el público una corriente de simpatía hacia el mundo terrorista. Sin embargo, temáticamente, *Bambule* no tiene nada que ver con ese mundo. La obra tiene como protagonistas a las muchachas de un internado, una de las cuales se escapa al comienzo para volver al final como hija pródiga.



Ulrike Meinhof.

Algun crítico ha querido ver en una de las frases pronunciadas por las muchachas, "Haz algo, lo que sea, pero haz algo", un símbolo de la ceguera y la impotencia final de la revuelta juvenil. La obra, según ese mismo crítico (de "Die Zeit"), no es ningún réquiem por Ulrike Meinhof, sino, antes bien una profética autodescripción de la autora. En algo, al menos, no se equivocaban los censores. Y es que Ulrike Meinhof despierta, pese a todo, como ser humano, muchas más simpatías que algunos de sus implacables perseguidores. ■ JOAQUÍN RABAGO.

DE qué vamos a hablar hoy, Critilo, con el frío que hace?

—Por mi gusto, de nada, Fabio. Nos tomaremos, además de unos vinos, unas vacaciones conceptuales. ¿Te parece?

—¿Y sí, en vez de no hablar de nada, habláramos de la Nada?

—Poco cabe decir de esa Señora, aparte de "buenas noches".

—Pues hablemos de Dios, ese Señor, si cabe decir más.

—Quizá "buenos días". De Dios y sus cosas, la verdad es que todo está dicho desde hace tiempo, y en alemán y griego, para mayor claridad. Yo, a mayor abundamiento y menor pedantería, lo repetiré por última vez en latín: *ignoramus, ignorabimus: ignoramos y se-guirémos ignorando.*

—¿Y de la Nada?

—De la Nada nunca sabremos nada.

—Hablemos entonces de las palabras, que están a medio camino entre el Ser y la Nada, que es casi como no hablar de nada. Sigamos el ejemplo de Sócrates, Hermógenes y tu casi homónimo Cratilo en el diálogo platónico *Cratilo*, o de la exactitud de las palabras.

—Nadie pase que no sepa *Geometría*; por tanto, que no pase *Platón*. Ya conoces el lema de esta humilde Academia.

—Pero dejarás pasar a Sócrates, por lo menos.

—Y a Agustín García Calvo, ¡no faltaba más! Y a los presocráticos, y a los sofistas, y a los ácratas. Incluso a Fernando Savater, de tan afinada pluma, mientras no le dé por hacer sonetos.

—¿Los hace mejor Agustín?

—¿Qué duda cabe? Y no sólo eso, sino que pocos saben de métrica como él ni han reflexionado tan agudamente sobre el fenómeno del ritmo.

—Sin embargo, en la práctica, a la hora de escribir sermones (1) y traducir tropicónes (2), yo no diría que acierte demasiado.

—Ni yo. Algo le falla. Esa manía de querer reproducir o imitar mediante sílabas trabadas y ritmos acentuales una métrica de pies cuantitativos la tuvo también otro maestro del ritmo, Rubén Darío, en su rítmicamente insoponible *Salutación del optimista*.

—Con la diferencia de que Agustín ha elaborado toda una teoría sobre el particular (3).

—La conozco, pero no acaba de convencerme. Y, sobre todo, no me convence su puesta en práctica.

—¿También te parecen insoponibles los ritmos de Agustín?

—Insoponibles, no; pero sí tamborileros, desmayados o aleatorios. Especialmente en su

adaptación del *Pseudolo* o *Trompición*, de Plauto.

—¿No será que tú no los "oyes"?

—Es posible. Lo que es seguro es que yo no tengo mal oído y que sus versos no me "suenan". Su teoría del ritmo lingüístico, su ejemplo del reloj y sus propósitos de innovación métrica me parecen más que plausibles. Pero soy incapaz de aplaudir los resultados. Algo falla ahí. A lo mejor es que ha contado con su oído, pero no con el de los demás, y, claro, como él mismo ha explicado muy bien, el ritmo, en parte, lo ponemos nosotros, pero, en parte, ha de ser percibido (4). Por lo demás, estoy

con él cuando habla de "los rígidos moldes versificatorios de la pobre tradición culta y aureosecular" y cuando, al referirse a la poesía española de las últimas décadas, advierte que "lo que uno encuentra de ordinario es o bien el viejo ende-casilabo (y sus membra disiecta) tipográficamente disimulado, o bien la mera prosa, que a veces, con la disposición tipográfica, se pretende hacer pasar por otro que no es" (5). Porque estoy con él, entiendo su empeño. Y justamente porque entiendo su empeño, me siento obligado a decirle que, a mi juicio, no ha logrado lo que se proponía.

—Pues mándale una postal. Siempre esta-

mos haciendo favores que luego no nos agradecen. Critilo.

—¿Qué le vamos a hacer! La gente no quiere favores, Fabio; sólo quiere elogios. Yo he leído el último libro de Agustín (6) y podría decir algunas cosas buenas del maestro. Sé que él me disculpará si las dejo para otro día y me límito, por esta vez, a poner reparos a sus libros anteriores.

—Volveremos a hablar de la Nada, ya verás.

—"Empresa dura y desairada ésa/de cantar lo que no es. Pues, ¿quién nos paga? ¿Quiénes/van a agradecerlo?... Pero todavía,/si premio ya ninguno hubiera, pero al menos/se pudiera..." (7).

—No se puede, claro. Y, para demostrarlo, le dedica al tema cerca de treinta mil sílabas, perdón, de doce mil pies.

—Pero ni un solo verso. ■

(1) Cf. *Sermón de ser y no ser*, de A. García Calvo. Vitoria, Madrid, 1972, 3.ª ed. 1977.

(2) Cf. *Pseudolo* o *Trompición*, Plauto. Adaptación y prólogo de A. García Calvo. Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971.

(3) Cf. *Del ritmo en el lenguaje*, La Goya Ciencia. Barcelona, 1975.

(4) *Del ritmo...*, pp. 23 y siguientes.

(5) *Del ritmo...*, p. 86.

(6) *Del lenguaje*, de A. García Calvo. Ed. Lucina, Madrid, 1979.

(7) *Sermón...*, p. 18.



AGUSTÍN, O DEL RITMO DE LAS PALABRAS

JOSE MARIA VAZ DE SOTO